

LADISLAO GRYCH

EL CORAZÓN QUE SIENTE ⁽⁴⁵⁾

Las reflexiones contienen mi predicación en la Comunidad que me había escuchado hace ocho años; mientras tanto, hemos sentido los cambios, tanto la Comunidad como yo mismo, en parte nos hemos desencontrado; nuestros pasos han sido distintos, nos tocan diferentes circunstancias; hoy compartimos ese tiempo; creo que será de la gracia para la Comunidad y también, para mí.

PREFACIO

Las reflexiones surgen en la Iglesia de Sagrado Corazón de Jesús; las vivencias giran alrededor del Evangelio, es que hay un modo de fluir que tiene que ver con la Comunidad.

Pasamos por un tiempo muy particular; en ciertos momentos, es como si el Señor estuviese aún más claro, de modo, que lo intuimos en la realidad; a la vez, es como si Él despertara el deseo de responderle; entonces, ¿cuál sería la respuesta que podría resurgir en medio de esas vivencias que son parte de nuestras vidas?

Santa Rosa, 1 de julio de 1995

1. NOS HAS LLAMADO, SEÑOR

a. ES UNA GRACIA

Es una gracia que me llega, casi de sorpresa.
De repente, la vida me pone frente a Él, cara a cara.
¿Cómo responderle, si su llamado me toca tan hondo?
Y como el corazón me urge, no puedo negarme a Jesús.

Aparece mi realidad, como si se apurase en esta hora.
Cuando camino y medito, ella sale y reclama su lugar; y todo parece tan importante, como mi vida.
No me quedo en paz hasta que no le diga que sí, a mi Señor;
recién entonces, se calma mi corazón.

Si le digo que sí, ¿es por Él, o hay otras fuerzas que me llevan?; ¿no es lo que presiente mi corazón?
Y Él no fuerza nada, tan sólo me dice.
A la vez, podría decirle que no, lo tengo tan claro.
Sin embargo, si le negase, estaría en contra de mi modo de sentir, de vivir en lo más profundo de mi corazón.

Una gran seguridad surge en mi corazón; ¿quién es el que la despierta?; ¿quién ha sembrado un deseo tan fuerte?
No comprendo nada; tan sólo sé que resguardo el deseo que renace como el agua en medio de mi ser.
Y Él sigue esperando a que le diga; y está sereno; más allá de mi sí, más allá de mi no, sigue esperando.

¡Cuántas cosas pasan por mi corazón, mientras mi vida está en la hora del llamado!
Sin embargo, mi corazón urge; si es que la voz aún no nace en mi garganta asustada, mi corazón me urge a que diga que sí; y me parece que es la única hora para decirle.

Entonces, con toda la fuerza de mi ser, mi corazón se pone a la altura de su Corazón; quiero hablar y decirle que sí.
Y la voz apenas llega, y el corazón tiembla sensiblemente; no tengo otra cosa que sí; tan sólo ésta.

Aquí, culmina el encuentro; se encuentran los corazones, se han puesto delante de sí, tan hermanados; apenas caen las dos palabras: ven y sí; nada más.
Es que están iluminadas y plenas de Vida.

b. FRENTE A MI VIDA

He vuelto a mi casa, a mi vida; me quedo conmigo.
Estoy en medio de la realidad que me lleva, me condiciona.
Me doy cuenta de lo que pasa en mi vida.
Y le dije que sí, a mi Jesús.

Mi vida está muy comprometida con la realidad; aún, la voy enfrentando, y es la que me lleva lejos.
¿Podré cumplir con lo que dije a Jesús?
¿Puedo responderle, si estoy con lo que llevo conmigo?
¿Sabré desprenderme de lo que sigo viviendo?
No lo sé, sólo le dije que sí, y que mi vida es ésta.

Cuántas cosas han pasado en mi vida; y no las que quiero ni las he buscado; pero me pesan, me duelen, me asustan.
Cuántas de ellas hubiese querido evitar; no hubiese deseado que pasasen; aún, me siento fracasado, hasta perdido.
Pero Él me llama, y le dije que sí.
¿Será posible que le responda?

El tiempo pasa; sigo peleando conmigo.
Tengo presente el llamado; estoy entre las dos partes.
Me pregunto: ¿por qué le dije que sí?
No es el tiempo, ni es mi vida que podría responderle.

Y Él no me dice nada.

A pesar de todo, siento paz, pues me he decidido; pero mi vida está plena de guerras.

¿Por qué me llama a esta hora?

¿Por qué hoy, si mi vida se ha ido lejos?

¿Por qué le dije que sí?

Sin embargo, mi corazón fue sincero ante Él, que tan sólo me miraba; ¿y qué podía hacer yo?

Sólo percibo su silencio; quisiese oír alguna palabra, pero no llega; quisiese darle mis explicaciones, y no puedo hacerlo. Y yo, con mis vivencias que me pesan.

Mi corazón le dijo que sí, pero, ¿qué podría hacer?

¿Por qué tanto silencio de su parte?

Con el tiempo, me doy cuenta, porque Él me lo hace ver, que su llamado me toca en un gran momento de mi vida.

Que las cosas sirven, hasta que se afiance el llamado.

Que había que esperar y aún ver lo que Él sembraba en mi corazón, que apenas le respondía; pero todo llegaba igual.

2. LLEVEN LA PAZ

a. MI CORAZÓN INQUIETO

Aquieta, Señor, mi corazón con tu Presencia.

Ven a mí, ven a mi casa.

Sin ti, mi vida se pone dispersa y perdida.

Tan sólo en ti puede sostenerse; por eso, te sigo esperando con tanta necesidad.

Tu presencia es más que el agua para aquel que la necesita; es más que el aire y el pan.

Antes, en medio de mi confusión, no tenía sed de ti, porque respiraba con mi aire y comía mi pan.

Hoy te necesito como jamás en mi vida.

¿Por qué te necesito tanto, y casi no te encuentro?

¿Quién ha despertado esta sed de mi vida?

¿Desde cuando la tengo, y recién hoy toma su fuerza?

¿Cómo es la sed de ti, que ha tomado esa dimensión?

Y la sed insiste cada vez más.

Mi vida ha necesitado de ti, mi Señor.

Entonces, ¿por qué tanta insensibilidad por tanto tiempo?

¿Alguien podría contestarme?

Quizás, a esa sed de tu Vida, Señor, la fui llenando con otras cosas, que son como una morfina que no cura; y si calma por instantes, luego vuelven el dolor y la desesperación.

Pues, en lo más profundo de mi ser, estás tú, Señor.

Tú sigues moldeando mi vida, cuando camino tan disperso en medio del mundo; lo sigues promoviendo de ese modo, hasta que comience a buscarte en lo profundo de mi ser.

Con la vida y las cosas que vienen se hace difícil encontrarte, y la búsqueda se hace más insistente, aún más ansiosa.

Y tú, Señor, estás en esa gran gracia.

Hay que esperar, ser paciente; hay que luchar con los brazos levantados, y que el corazón se vaya dejando llevar.

Hay cosas nuevas que nacen en ese tiempo.

Tan sólo hay que escuchar, pues, en lo profundo de nuestro ser viene lo grande, y es del Señor; hay que esperarlo.

Es difícil creer que el Señor está en nosotros, en el corazón de la vida; y es Él que fundamenta nuestro ser.

Sin Él, ¿qué sería de nosotros?

En fin, en la verdad del Señor, hay que creer antes que en nuestra vida.

b. FRENTE A MIS HERMANOS

Ponme, Señor, ante mis hermanos que necesitan de ti.

Ponme con tu Fuerza, con tu Vida.

Mientras mi corazón vibra con tu Presencia, mis hermanos se van alimentando y van recibiendo tu paz.

Quizás para ellos es extraño, y lo presienten, y viven lo que aún no saben definir.

Se sienten bien, se ven mejor, pues sus vidas se detienen en lo profundo de su ser.

Y si todo parte de nuestra vida, ¿cómo definirlo, si es que lo debemos hacer?

No creo que sea necesario, tan sólo hay que vivirlo.

El Señor de nuestro corazón se va expandiendo en la vida del hermano; por eso, su vida se detiene y parece distinta.

Con tan sólo eso, hay tantas cosas que se conmueven, y todas parten del Señor percibido casi instintivamente.

Es la gracia que vivo, cuando estoy frente al hermano que recibe paz.

Entonces, la palabra viene nueva, iluminada.
Los gestos y palabras son otros, el pensamiento ya no es el mismo; todo parte de la Presencia del Señor.

Decía Jesús que la vida resurgía en el Señor, y que había que iniciarla en medio de la paz.
Quien tiene paz, su vida nace del Señor, y con los mismos principios entra en la realidad de los hermanos.
Y ellos son como si lo esperasen, así lo es.

Cuánta Gracia, cuánta Vivencia, cuánta Vida del Señor debe pasar por mí, buscando la reconstrucción de mi ser, para que se abra ante mis hermanos con lo que es la Paz y la Vida del Señor frente a ellos; y es para iniciar un nuevo camino.
Apenas, estoy viendo el camino del Señor.

Voy presintiendo lo que el Señor hace de mi vida, y a dónde Él podría llevarla, mientras me pone frente a mi hermano.
¡Qué gran obra puede iniciar el Señor!
Y si lo sigo presintiendo, aún lo deseo en la profundidad de mi corazón; tan pobre, pero ansioso del Señor.

3. EL CORAZÓN QUE SIENTE

a. AL DEJARME LLEVAR

¿Cómo dejarme llevar por lo que nace en mí?
¿Adónde me lleva mi corazón que busca y espera?
No sé qué decir en esta hora, no sé qué pensar; y apenas me
atrevo a presentir un camino que sigue como abriéndose.

Me atrevo a pensar, a dejarme llevar por lo que nace en mí,
por lo que presiente mi corazón aún encerrado en mi vida.
Recién hoy comienzo; no es que antes no me acordara de mi
corazón que vibraba por dentro, como un pájaro asustado en
una jaula; pero si lo tuve presente, aún no me atrevía hacer
un paso; y me quedaba con mi vida como era.

La vida es así; es que se permite encerrar en medio de las
circunstancias muy adversas.
Mientras tanto, se queda con algún pensamiento; es como un
recuerdo de lo que no debería existir, o no tendría derecho de
serlo; así pasan los días y años.

Pero llega la hora; y la voz en el interior es más fuerte aún.
Mientras la vida sigue encerrándose, la voz comienza como
si fuese una dinamita.
Entonces, ¿adónde llega la vida, y qué pasaría?

Algo debe pasar, pues esa vida no es para siempre.
La opresión y la confusión darán sus frutos.
La vida se ahoga para siempre, o inicia su nuevo camino.
¿Qué camino en la hora de las confusiones?
Sin embargo, la voz del corazón parece indicar un rumbo.

Es como un instinto que la lleva a cierta salvación, a pesar
del camino que previene dificultades; el dolor y las luchas en

medio de un corazón que se desespera; pues viene algo que está más allá de nuestro ver, y de la comprensión.

Sin embargo, es el camino como si fuese de una tormenta.
¿Y quién la pasará, si es casi desconocida para la vida?
Pero la tormenta tiene su lógica; en medio de la misma, está el deseo, el instinto por la vida que debe renacer.
Entonces renacerá; si creo, resurgirá.

b. ESTÁS EN MI CORAZÓN

Estás en el grito de mi corazón asustado.
Luego de tanto tiempo, y de las vivencias que han dejado sus huellas, es como si me estuvieses llamando a que iniciase la lucha; y Tú Señor sigues despertando mi corazón.

Me cuesta iniciar ese camino; después de mis fracasos ya no quisiese comenzarlo.
Aún me quedo en mi lugar y tú, ¿me animas a luchar o aún sigues esperando a que me decida?
Es que no estás indiferente ante mi decisión.
¿No es que me animas a que haga este paso?

¿Por qué la decisión es tan difícil?
Es que están las vivencias, las vidas, los hechos; y también, ciertas fuerzas que no me dejan salir.
Si es que mi vida pierde su encanto y la alegría, me quedo sin buscar más.
Es que sé que el cambio en mi vida, sería arriesgar.
Entonces, ¿qué puedo hacer?
No tengo fuerzas para poder enfrentarme; y no sé si lo que sueño es real o es una ilusión.
Sin embargo, el corazón me llama.
¿Quién me llama a esa hora de mi vida?

Jesús no parece indiferente ante mis decisiones.
Si es silencioso, no es que no le importase.
Veo que me sigue inspirando a que haga ese paso.
Sin embargo, quiere que mi paso sea libre, que sea mío.
Y mientras se queda callado, llega con su respetuoso silencio
a mi corazón.

Una vez, me habló de la cruz que había que llevar.
En el camino, se cambian muchas cosas en medio de una
nueva luz y una nueva comprensión.
Sería un tiempo para hablar de mi vida, para verla mejor;
para comprender lo que ha pasado, y estar en paz.
Si es que mi corazón se abre, con el deseo de sentirse feliz,
aún debe pasar por las transformaciones, en el camino entre
lo de ayer y lo de hoy.
¡Cuántas cosas pueden pasar que no comprendo!
Y Jesús sigue animándome; no obstante, está callado.

Por hoy, te doy la paz, me dice Jesús; es que la necesitas.
Tan sólo así, puedes ver un poco más, y puedes animarte en
tu corazón; pues la vida es una apertura hacia un crecimiento
de cada día, a cada instante.
Me asegura Jesús que está en mi vida; más aún, si quisiese
iniciar ese camino; Él me dice que estaría por siempre, y que
jamás me abandona.

Así que, en tus manos, Señor, dejo mi vida; en tu Nombre,
inicio este camino.
Ya más tranquilo, sereno; que sea como el Señor quiera.
Por alguna razón, Jesús me pone en este tiempo para iniciar
lo que ha despertado en mi corazón.
Ahora, se calma mi interior, por lo menos en este instante.
Señor, en tus manos dejo mi vida.

4. LA MEJOR PARTE

a. EL CORRER

Mi vida se apresuraba; yo quería hacer cosas, cada vez más cosas; quise cumplir con los compromisos, con la gente y las tareas.

Aún corría de un lado al otro; fue por mucho tiempo; lo veo, al recorrer aquellos días tan cercanos a mi ser, dentro de mí.

En aquel entonces todo parecía justo; yo debía hacer y correr. ¿Qué es lo que me llevaba, y por qué buscaba de este modo?; no lo sé; lo que sé que la vida me iba llevando.

Si quisiera contestarme, quizás necesitaría mucho tiempo; no obstante, aún lo debo ver en medio de mi corazón.

Corrí mucho tiempo, llenando mi vida, apurado, ansioso; me olvidaba de mi familia, del tiempo.

Y la vida, como si hallase un viento que me iba empujando. Voy mirando un pequeño barco en medio de las aguas, con las olas que lo llevan; y me veo a mí mismo.

Cuando más corro, aún más me lleva la vida.

¿Podré seguir así por mucho tiempo?

Por hoy, parece que no lo pienso; no tengo tiempo.

Y si lo tuviese, ¿me atrevería a hacerlo?

Me queda la pregunta que no sabría contestarla; y parece que no me atrevo a pensar en mi vida que tan sólo corre.

¿Adónde podría llegar?

Si alguien me dijese que soy como el ladrón que se adueña de la vida, quien la lleva por el camino sin rumbo...

No sé si tengo fuerzas para seguir; lo que sí sigo corriendo, y como la vida me lleva, prefiero no mirar hacia dónde.

¿Soy consciente o tan sólo corro, aún sin ver el final que se

viene apresurado?

A veces, suelo correr para huir de mí mismo.
Si no estoy en paz, con más razón, me voy yendo.
Mi casa cada vez más fría, y cuando vuelvo cansado no sé
qué hacer.

Llega el momento de frenar; no creo que sea mi opción.
Más bien, la misma vida me obliga; hasta aquí, llego.
¿Qué pasará?, me pregunto asustado.
De repente se va cayendo mi realidad; ¿por qué en esta hora?
¿De veras se ha caído tan de repente, o es que lo veo de este
modo?

b. Al COMENZAR DESDE EL SEÑOR

¡Qué distinta sería mi vida, si pudiese comenzar con el Señor
en todos mis deseos, en mis vivencias!
Hubiese sido otra; otro modo de caminar, de vivir.
Hoy, apenas lo presiento, si es que veo en mí, en la hora de
confusión, también de dolor.

¡Qué distinta hubiese sido mi vida con el Señor!
Si Él la inspirase en mi corazón, sería diferente.
Y no sé qué hacer ni qué pensar; es que no hubiese conocido
fracasos, ni hubiese llegado hasta aquí.
¿Qué es lo que pasa conmigo?

Estoy con mi vida destrozada.
Voy preguntando por el Señor; no tengo nada.
Quisiese acercarme a Jesús, pero, ¿por dónde lo encuentro?
Cuando me hablan de Él, apenas abro mis ojos.
Y me dicen que mi vida con Él, podría recuperar el valor, el
sentido; me dicen y yo apenas escucho.

Me aconsejan que debo acercarme a Él, con lo que soy.
Es para estar con Él, es lo que vale en esta hora.
Pues, necesito pasar por lo que sigo pasando.
No sé cuánto tiempo, tan sólo sé que debo vivirlo.

Es el tiempo del Señor.
Jesús, con su Luz, con su Paz y su Amor, va entrando en mí,
va tocando mi vida hasta que recupere la sensibilidad.
Ese tiempo con Él, vale más que cualquier otro; y más que
cualquier otra actitud en mi vida.

Mi vida llega a ese instante, al dolor, a la confusión.
Por alguna razón, me encuentro con Él; es la hora para estar
con Él; que su Gracia me alcance, que penetre a mi espíritu.
Él me dice que podría comprender mi vida, y estar en paz.

Entonces, me quedo a sus pies, escuchándolo.
Contemplaré su Paz, su Ternura.
Él sabe mi tiempo, lo que necesito; sabe por dónde llevar mi
vida; me quedaré con Él escuchándolo.
Es que nadie jamás me ha hablado como Él.

5. PADRE NUESTRO

a. LAS RAÍCES

Yo volvía a las raíces de mi vida.
Necesitaba hacerlo como el pez que vuelve al agua.
Mi vida fue débil, como apenas caminando, y los pies no me daban más.

¿Por qué vuelvo tanto?; ¿sé contestarme?
Ni siquiera me pregunto por qué sigo volviendo, pues la vida lleva su propia comprensión.
Casi no sé de las vivencias que la conmueven, ni qué es lo que la urge.

Cuando los hijos llegan a las raíces de la vida en el mundo, suelen volver al Señor, Padre de la Vida.
Los conflictos son como barreras; pero al superarlos, podrían verse como gracia, mientras que la vida se halla.
Aún viene el tiempo para agradecer al Señor.

Es difícil lograr ver al Padre en los cielos, si faltan los padres en la tierra; no obstante, los que experimentan los conflictos, aún más buscan al Señor.
Al principio, quizás lo rechazan y lo niegan, pero luego lo ven con claridad.

La vida es luchar en medio de esas vivencias que nacen en el corazón; son las que impiden crecer, son las que nos llevan a un buen fin; y las dos se necesitan.
No es que busquemos aquello que esté en contra, sino que más bien, sepamos incluirlo en el camino del crecimiento, aún en medio de los enfrentamientos.

¡Cuántas de esas luchas pasaron por mi corazón!

Y no las comprendía, ni sabía de dónde venían.
Hoy, me contemplo un poco más, por eso me acepto.
Si en parte, me hallo, aún sigo buscando; presiento que debo hacerlo.

Me lleva la vida; creo que me conduce bien.
Comienzo a encontrar un buen rumbo en la tierra.
Pues, el Señor obra más aún, en medio de las insistencias.

b. HACIA LA HERMANDAD

Los hijos se acercan al Padre; descubren la raíz que sostiene sus vidas; se ponen ante sus padres mirando sus rostros.
¿Qué es lo que los une, qué vivencias en común, los llevan?
¿Si aún, se hallan en sus corazones?

Luego de caminar por distintos caminos, se van encontrando; y se miran y casi no creen, porque los encuentros superan los sueños.

A pesar de la distancia, las vivencias quedan en lo profundo de sus corazones; es que la vida no ha borrado del todo, las vivencias del Padre; son las que nos despiertan a cualquier hora, tan sólo falta que nos detengamos para escuchar; pues la hora del encuentro es también, para despertarnos.

Cuando Jesús construye la hermandad en el mundo, vuelve a las raíces de las vivencias; y si es que parecen perdidas, por la gracia, se van hallando de modo, como sube el fuego en medio de las cenizas casi apagadas.
Así también, resurgen las vidas en el Corazón del Padre.

A esa corriente de la gracia quiero alcanzarla, mientras estoy en la obra del Señor; deseo llegar con la voz del Padre que congrega a sus hijos.

Si hay tantos encuentros, es porque Él sigue obrando; ojalá,
obre en medio de mi corazón.

Llevo el mensaje del Padre que sale a los encuentros.
Mi corazón lo siente, lo dice.
El Padre quiere estar, como atestiguando lo que digo.
Quien no sabe, que lo vea, y lo escuche.

Entonces, comencemos a rezar al Padre nuestro.
Tomemos nuestras manos, y que se unan los corazones.
Ojalá sintamos en nosotros, la sangre del Padre, la misma en
todos sus hijos; y que nuestros corazones vibren.

6. MI HIJO PREDILECTO

a. LA PALABRA QUE LLEGA

Suelo volver al Evangelio que habla del Padre de Jesús.
Cuando Él recibe el Bautismo, su Padre no se calla; una vez más se expresa su Corazón.

La Palabra del Padre llega a los hijos que nacen en el mundo; más aún, al recibir el bautismo en el Nombre del Señor.
Es que por Ella nacen hijos predilectos; y tan sólo hay que esperar a que brote la Semilla del Padre sembrada en cada corazón.

Jesús quiso sembrar la Gracia del Padre en los corazones de los hijos casi perdidos en el mundo.
Él vino a sus hermanos para sellar la Gracia; pues, quien la recibe, su vida se transforma.

Luego de luchar por su identidad, el hombre halla la Gracia; y cuando la misma resurge en su corazón, se sonrío el cielo.

Sin embargo, ¡cómo cuesta que nos llegue la Gracia!
¿Y por qué el corazón no la siente?
¿Cuánto tiempo necesita el ser humano, hasta que el Señor lo promueva en su interior?
Pues, con esa vivencia se conmueve la vida en el camino a la transformación.

Sueño en el camino que lleva a las alturas; y me quedo con el ser humano que aún no vive como el hijo predilecto.
Pregunto por el tiempo, por la Gracia que no llega; y por qué el hombre es insensible, mientras que el Señor lo espera.
Es cierto, Él espera hasta que asumamos la Gracia; siempre sigue esperando.

Y la gracia para mi hermano tiene que ver con mi vivencia; si soy transparente, mi vida aún podría decir que soy un hijo predilecto del Padre; y la transparencia se proyecta hasta para los ciegos que si hoy, no la entienden, mañana la verán.

b. HAY QUE HABLAR

Los problemas humanos son complejos, principalmente por lo que se refiere a los padres e hijos; quizás por eso, abren el camino a las vivencias de los hijos ante el Padre celestial. En la obra del Señor, cuando la crisis es muy fuerte, la gracia resurge más aún; pero suele hacerse esperar.

Hay que hablar de los hijos predilectos del Padre; no sólo de aquellos sin conflictos ni manchas; es que todos somos hijos predilectos.

A veces, nos parece hablar en vano, y no lo es.

Ese modo de hablar ya es una gracia.

Es que la fuerza de la Palabra está en el corazón; y es la que renace, es la que resurge en medio de las vivencias; y si no las hay, ¿para qué hablar?

La Vivencia viene de la Semilla; y necesita un tiempo hasta que arraigue y logre vencer a todo nuestro ser.

La Vivencia suele dar la batalla a toda nuestra vida; mientras tanto, enfrenta la realidad, también el dolor y las dudas que tienen que ver con nosotros; en fin, es la gracia que nos hace resurgir plenamente.

En medio de la Vivencia llegamos a los hermanos, y con sólo decirles que son hijos predilectos, promovimos su interior.

¿Y qué es lo que pasa en sus corazones?

No lo sé, pero la vida se despierta, parece otra, y la Palabra la

sacude en sus cimientos.

En la Palabra está todo el amor; y está la fuerza para amarnos incondicionalmente; también viene el perdón, tan necesario para nosotros y para los hermanos, y llega la luz para poder superarnos, aún por encima de la debilidad, de los fracasos; es lo que necesitamos para resurgir de los abismos.

Y pensar que mi vida debía pasar por tantas vivencias, hasta que lograrse vivir lo que quiero transmitir a mis hermanos. Si no me creen, mañana la palabra será más fuerte aún; pero debo hablarles hoy, y volver a decirles mañana, hasta que la Gracia se afiance en sus corazones.

El Señor me pide que vea en cada hermano, al hijo predilecto del Padre; y aún, debo esperar para verlo creer.

7. SIRVIENDO FIELMENTE

a. BUSCANDO CÓMO SERVIR

Muchos presienten que la vida se funda en el servicio; y aún saben que quien sabe servir, se realiza; mientras tanto, ponen el esfuerzo hasta que se expresen; pero si no lo logran hoy, mañana siguen buscando.

El servicio lleva la dirección de la vida; es que, sin él, la vida se detiene, se estanca, se confunde.

En él, está la respuesta ante las crisis que vivimos, y por qué no podemos ser felices, si no servimos a los demás.

Pasamos mucho tiempo, antes de hallar el gusto de servir con lo que somos; sin embargo, aún en los gustos amargos que preceden la gran apertura hacia los demás, la luz nos lleva a un servicio real, puro, que viene del corazón.

En algún momento, debo abrirme con lo que soy, con lo que vivo, aún más allá de ver el sentido de mis vivencias; y sería como si el agua estancada empezase a moverse, a refrescar mi vida.

Cuando el agua empieza a correr, viene la nueva de la fuente y empuja a la estancada; y de este modo, se purifica.

En fin, es lograr ver el agua cristalina que llega, mientras que la vida se pone nueva y fresca.

¡Cuánta fuerza en la vida, mientras el agua llega de la fuente!
¡Cómo cambian las actitudes y los sentimientos, y nuestro modo de ver la vida, de vivirla!

Y si nos sentimos bien promovidos por esa Corriente, es tan agradable para nosotros.

Al llegar a los hermanos, es más que un vaso de agua fresca. Si el agua está entregada con un corazón puro, pleno de vida, qué distinto es compartirlo.

b. NACE EN EL ESPÍRITU

Tenemos cosas para expresar; tienen que ver con lo que nace en el espíritu; la vida desea abrirse con lo que es, aún servir; es que de lo contrario no se realiza, sino que apenas vegeta y se queda triste.

Cuando se abre en el espíritu, se viene con lo que es; y se ve útil, natural y feliz.

La gran corriente hacia los demás y hacia el mundo, es como la flor que abren los pájaros por las mañanas, para llenar el aire con aromas frescas.

Es importante saber que la vida tiene lo propio, que es único, que nace en nosotros de un modo incomparable.

La vida sirve con lo que es ella.

Jesús quiso llegar a la fuente del espíritu, para hacernos ver el sentido de la vida; aún supo hacerse valorar en cada ser humano; lo que dice sobre la vida del espíritu, lo expresa con respeto, con tanta altura.

A la vez, supo promover a la vida estancada, de mal olor; le dio la fuerza para que se abriese.

Supo valorar cada gesto que nace en el espíritu.

El servicio, en el mensaje de Jesús, tiene su propia fuerza; si nace en el corazón, llega al corazón de hermano, en medio de un movimiento que viene del Señor.

Es una corriente inspirada.

Al estar en el servicio, Jesús enriquece toda la vida, le da su nueva dimensión.

El que logra ver a Jesús en el que sirve y en el que recibe, ¿qué más podría esperar?

¿Cuántos cambios se proyectan de este modo?; tan sólo hay que verlos.

8. EL FUEGO DEL CORAZÓN

a. JESÚS HACÍA PRENDERLO

Hay quienes practican ver el Fuego en su corazón.

Al principio, parece un sueño o un deseo, como si fuese para aquellos que no deben vivir en este mundo; sin embargo, la Vivencia podría proyectarse como una realidad asumida en la profundidad del corazón.

Jesús habla del Fuego prendido en el interior.

La realidad del Señor se plasma de un modo fuerte, supera la imaginación humana; pero hay que creer y esperar.

A pesar de la Gracia, todo lleva su propio tiempo.

Desde la Llama de Jesús, el corazón puede seguir prendiendo cada vez más seguro, con más confianza.

La gracia enfrenta a la realidad, el miedo y la ceguera, pues debe enfrentar la vida.

Seguramente, Jesús sabe llegar con su Vida a lo profundo del corazón, si es que se abre y lo espera.

Luego, aún hay un tiempo misterioso para asimilar la luz.

Miren a lo que nos pasa con el fuego de cada mañana, cómo nos cuesta prenderlo; ¿si aún el hombre pone su resistencia, su desconfianza?

Entonces, el camino es largo.

Aún, la obra de Jesús tiene obstáculos, nace con miedo, y se apaga a cada rato; al principio, casi no ves la Llama que va naciendo; tan sólo la intuyes, y es del Señor.

Mientras sigo meditando, deseo mirar mi corazón.

Me asusto, no quisiera verlo; aún me cuesta ver la Llama del Señor.

Hace tiempo que estoy con Jesús, y soy tan pobre.
Me llega su Luz, y mi vida es como no pudiese retenerla.

Comprendo a Jesús; me dice que desearía prender el Fuego.
Más que en el mundo, en mi vida; y al hablar del mundo, se fija en mi corazón.
¿Qué podría decirle en esta hora?

b. HAY QUE CULTIVARLA

Los que hablan de la Luz, tratan de cultivarla en su corazón;
están en la obra del Señor, en este mundo; sus corazones son como imanes que van atrayendo los rayos del cielo.

La insistencia y las prácticas de oración fortalecen la Luz.
La misma se proyecta cada vez más segura; y no se pierde tan fácil en la oscuridad.
En algún momento, es tan fuerte que no se apaga; pero hay que ir agregando los leños para que siga ardiendo.

La Luz sigue tomando a nuestro ser, dándole vida y calor.
Y sigue transformándolo, promueve al espíritu de la Luz.
Es un proceso; mientras tanto, me detengo para ver cómo las llamas siguen tomando mi vida; aún deseo vivirlo.

Quisiese ver toda mi vida en llamas, y es apenas una Luz en alguna parte de mi vida.
Si sé esperar, las llamas avanzan, purifican y transforman lo que hallan en el camino.
Es que me gusta mirar las llamas; cada llama es tan nueva;
¿y qué es lo que veo?

Suelo quedarme quieto; aún miro el fuego prendido, al seguir a las llamas que siguen naciendo, luego perdiéndose.
Llevan la vida hacia arriba, hasta los cielos; es que la misma

se encamina desde la tierra hacia el Señor.

El Señor me pone en la misión: debo ir prendiendo el Fuego en los corazones.

Antes, quiere asegurarse de mi Fuego, pues sin Él, ¿con qué iría hacia los hermanos?

Si no les llevase la Llama, ¿qué podría esperar?

Él me hace ver hasta qué punto mi vida puede ir despertando los corazones en el camino de nacer, de crecer y de vivir en medio de un corazón prendido; me hace ver las maravillas del Señor en la vida de los hombres.

9. LA PUERTA ANGOSTA

a. ¿CÓMO HABLAMOS DE LA LIBERTAD?

¿Qué es la libertad?; es la expresión del espíritu.
Aún, debería nacer en el espíritu más puro, en la fuente más pura de la vida.

Al hablar de una vida libre, creo que estamos el camino; aún no sé en qué lugar estamos, ni qué pasos hemos hecho; aún no podemos hablar de una tarea concluida, sino más bien, es apuntar a una meta casi indefinida.

Es difícil hablar de la libertad, cuando el corazón permanece en la esclavitud; es muy difícil imaginarnos la libertad, si no la hemos vivido; entonces, ¿de qué hablamos?
No obstante, ese modo de hablar tiene sentido.

Quisiese que lográsemos analizar los pasos; es porque tantas veces, estuvimos seguros de la libertad y luego, nos dábamos cuenta de que apenas luchábamos por lo muy pequeño en el camino a la libertad; cuando los pasos vacilaban mucho, nos confundíamos; y volvíamos a buscar la libertad en las raíces; hoy, lo reconocemos para comprendernos un poco más.

La vida resguarda el instinto de buscar la libertad; y si no la encuentra, se confunde en medio de las expresiones que, a veces, tan sólo llevan el nombre de la libertad; si mañana aún nos damos cuenta de nuestra realidad, también nos sirve, al ser sinceros ante nosotros mismos.

A la vez, nos sirve para comprender a tantos seres humanos que siguen luchando por su libertad, y por la de otros.
Es que no siempre sabemos brindarles luz, y la comprensión necesaria; entonces, hay que esperar para poder hablarles.

Además, el sentido de la libertad nace en el espíritu; aún hay que esperar, para poder comprender la vida.

Hasta que no logremos sentirnos libres, no sabemos hablar de la libertad, con plena madurez; si lo hacemos, el modo de decir no tiene fuerza, apenas llega.

Pero al vernos vivir en la libertad, proyectamos el camino para los libres.

b. LA LUCHA POR NACER

Jesús habla de la puerta estrecha.

Deseo pensar en el espíritu que nace cada día, esforzándose, pues enfrenta la realidad que oprime y ahoga; en ese camino estamos todos.

Con la libertad es como con la Llama del Fuego que surge en la profundidad.

No obstante, debe enfrentar muchas vivencias en el camino; a veces, le falta el aire, otras veces, se siente débil.

El viento adverso quiere apagarla, y no es sólo una vez que lo hace; cuánta desesperación, entonces.

La libertad es la fuerza que lleva la vida hacia arriba; es una dirección correcta.

La luz vence las oscuridades y esclavitudes, y supera lo que la oprime; en fin, la vencen las fuerzas o ella las vence.

Es el camino de las transformaciones de la vida que nos toca; es como el Fuego que busca como abrazarla; es que se apaga vencido o transforma la realidad; pero, en fin, el Fuego sigue creciendo.

A veces, es como el luchador que ya está caído y aún quiere levantarse, y luchar una vez más.

No quiere perder la última esperanza; ella está presente hasta el fin; pues quien la pierde, ¿con qué se quedaría?

Una nueva opresión nos sirve para acumular nuevas fuerzas que siguen preparándose en silencio; son las que valen, pues se van fortaleciendo antes de enfrentar las nuevas batallas; y seguimos en la lucha.

La lucha interior sería la más importante; hasta que no la culminemos, y no nazca la Vida libremente en el espíritu, las demás luchas no tendrán su solución.

La Vida encontrada en medio de la libertad del espíritu, tiene una fuerza incomparable, y lleva a los cambios inexplicables; no obstante, lo saben los que han recorrido el camino, y los demás más hablan que hacen.

10. HEMOS COMIDO CON EL SEÑOR

a. LA MESA SAGRADA

La mesa es sagrada en la vida humana; es incomparable. Tiene que ver con la familia, con la amistad y con el amor; si hay otros sentidos de la mesa, es porque los valores pueden llegar a devaluarse tristemente.

Los hombres no siempre dan el verdadero sentido de la mesa sagrada; y hay cosas que hacen por cierta formalidad. A veces, las formas exteriores prevalecen frente al corazón; entonces se pierden las vivencias que aún no se perciben ni se manifiestan.

¿Qué sentido tendría la mesa en una familia?

¿Cómo luchar para poder respetar ese sentido sagrado?

Si la familia pierde su fuerza, quiebra su unión; y la mesa ya no es la de antes; pero aún no la hemos compartido como la hemos soñado en nuestro corazón.

Y la vida agitada sigue quitando el espacio para estar juntos.

Al compartir lo que está en la mesa, y que está bendecido por el Señor, unimos todas las vivencias de los corazones; pues se comparten el pan y las vivencias.

Creo que cada mesa tiene algo de fiesta.

Con tan sólo estar juntos, vamos compartiendo las vidas; es un modo de vivir y de crecer, en el ambiente del amor.

Cuántos recuerdos tristes tiene un niño que come solo, si es que se alimenta; pues suele dejar de comer, o se nutre más con la tristeza que con la comida.

La vida se nos ha ido lejos, ha perdido sus buenas fuentes; se ha ido tan lejos, y se ha trastornado mucho.

Entonces, ¿cómo la recuperamos?; aún no lo sé.
Los hombres pierden la visión de los valores; y si sueñan, ya no saben en qué siguen soñando.

Sin embargo, hay que seguir luchando, por más que fuese un modo de hablar que no tuviese sentido, en ese ambiente que escucha poco y casi no quiere comprender.
¿Quizás, nos serviría para un nuevo despertar?; y el tiempo siempre llega.

b. A VIVIR PLENAMENTE

Jesús culmina en la Mesa; no es que antes no compartía con sus discípulos, cuando estaban juntos, al vivir en comunidad; no obstante, ya puede llevar a la plenitud lo que ha soñado.

Él iba purificando los corazones, en medio de la grandeza de su Corazón pleno del Padre; iba llevando la paz para que las vidas se enfrentasen en medio de la plenitud de su Presencia; es tan cercano al corazón que desea vibrar con el Señor.

¿Cuánto tiempo le lleva a Jesús, hasta llegar al gesto de lavar los pies, con tanta sencillez y tanta pureza?
Hoy, el gesto desborda los corazones; ya están puros, unidos y hermanados; y eso lo viven en el Cenáculo.

Entonces, ¿qué significa la Mesa para ellos y para Jesús, si están tan unidos interiormente?
Aún permitamos que los corazones nos lleven hasta donde podrían llegar; que el Señor obre libremente en nosotros.

Es cierto que la Mesa y el encuentro son esperados; y nacen en los corazones casi instintivamente; aún ahora están juntos, felices; quien no lo ha experimentado, no lo va a comprender jamás, hasta que no logre vivirlo.

En la profundidad de cada corazón, está escrito el deseo de vivir plenamente ese encuentro.

Los que han sufrido la ausencia de la mesa sagrada, con más razón la desean; el deseo sigue despertándonos, desbordando nuestras barreras; algún día, las barreras quedarán vencidas; será un nuevo tiempo; sería la hora de Jesús en nuestra vida.

Jesús deja fluir en los corazones, se comparten las vivencias; y todo está en torno de la Mesa, bendecido por el Padre.

Ahora, les dice que entrega todo en sus manos; Él ha puesto su Vida en la Comunidad Sagrada, sobre la Mesa; pues, llega la hora para vivir el Misterio del Señor.

11. QUIEN AMA MÁS

a. ASÍ COMIENZA

Amar más a Jesús, siempre fue el camino del Evangelio. No es porque Jesús lo había exigido para sí mismo, sino que más bien, lo necesitaban aquellos que querían seguirle. Y fue más importante que cualquier otra cosa.

El amor se despertaba en los corazones que veían a Jesús; en algún sentido, se sentían atrapados por Él, en su interior; fue la respuesta que nacía casi espontáneamente.

El amor fue fresco, y promovía hacia las decisiones donde se jugaban las vidas.

Comenzaba en medio de la seguridad de que Jesús amaba de veras; es que, ante Él, renacía la respuesta del corazón que quería amar aún en medio de su pobreza, de la inseguridad y de la ansiedad; pues se abría en su interior frente al Corazón de Jesús que tan sólo amaba.

La gracia del amor es fuerte, suele romper las barreras que nos atan, vence los miedos y dudas; pero eso aún no significa que el ser humano sepa responder con la plena pureza, del mismo modo y con la fuerza como Jesús; es que apenas se despierta e inicia el camino; luego aún sigue enfrentando los obstáculos; y debe vencer las guerras que le van a llevar su propio tiempo.

La vida llevará a muchas guerras, a los enfrentamientos que pasarán por dentro de su corazón; es que están previstas y son comprensibles por la realidad que sufre el hombre, quien vivía en medio de su amor, lejos del Señor, apegado a la realidad, a las personas.

Esas luchas lo van a llevar a sus primeros desprendimientos, que no serán últimos; quizás, la vida le muestre las cosas y vidas que lo atan; si con el tiempo, las descubre, aún halla la fuerza para tomar decisiones, y va a seguir hasta donde sea necesario; cuando logre vencer su último desprendimiento, entonces, amará en medio de la libertad de su corazón.

Sólo se ama de veras, si el amor es libre de las ataduras; a la vez, ese amor llega con su verdadera fuerza, llevando el bien y la transformación; aún sabe dar lo que debe dar y retirarse a tiempo; es libre, es generoso; está pleno; y viene del corazón que se queda lejos y, a la vez, cerca, contemplando la obra del Señor en la vida de los hermanos y del mundo.

b. ÉL ENSEÑA A AMAR

Jesús nos enseña a amar con su Corazón; y nos lleva por el camino del Amor; si habla del desprendimiento, más bien, trata del crecimiento en medio del Amor; pues, el Amor puro vuelve al mundo, a los mismos seres, a las mismas vivencias compartidas, pero con otra fuerza; y es cierto que es posible en la vida humana.

Los que abandonaron el mundo, al elegir a Jesús, si es que han recorrido el camino del crecimiento en el Amor, ahora vuelven al mundo con la nueva fuerza; ellos ponen el Amor puro en las heridas del mundo y de los hermanos.

Si los corazones logran amar con el Corazón de Jesús, como Él amaba de veras, se tornan fuentes de los encuentros con Él; y como Jesús hallaba a los hermanos, atrayéndolos con su Amor, los corazones vencidos por Él, son como fuentes de su Obra, e inician nuevos caminos hacia otros hermanos; pues todos los hermanos pueden encontrarse con Jesús.

El Amor de Jesús no se apega; si es que llega con su fuerza, aún se queda libre y permite crecer libremente; si bien, el que responde al Amor, no siempre lo hace en plena libertad, con el tiempo, halla el camino hacia el Amor, por más que le costase luchar, que sufriese y se desesperase; en fin, el Amor sano crea sanamente.

Quien ama a Jesús de veras, vuelve al mundo con el Amor; entonces, el mundo y los hombres se transforman; y aún hay que ver ese cambio que viene de Jesús.

Mientras Jesús está con Pedro, le pregunta por el Amor, pero tiene en su Corazón el gran Proyecto de la transformación del mundo; lo pone a Pedro ante su Misión que llevará por el camino del Amor, para poder proyectar los pueblos y las civilizaciones aún más allá de los conflictos; será entonces, el camino que nos superaría en el tiempo de las decadencias y de las desesperaciones.

Es el camino para nuestro tiempo que es muy difícil; es que necesitamos de las presencias del Amor de Jesús; ellos, con tan sólo que caminen por la tierra, llevarían en sus corazones la riqueza del Amor.

Hoy, el mundo necesita de estas vivencias más que nunca.

Prefacio	3
1. Nos has llamado, Señor	5
a. es una gracia	5
b. frente a mi vida	6
2. Lleven la paz	9
a. mi corazón inquieto	9
b. frente a mis hermanos	10
3. El corazón que siente	13
a. al dejarse llevar	13
b. estás en mi corazón	14
4. La mejor parte	17
a. el correr	17
b. al comenzar desde el Señor	18
5. Padre nuestro	21
a. las raíces	21
b. hacia la hermandad	22
6. Mi hijo predilecto	25
a. la Palabra que llega	25
b. hay que hablar	26
7. Sirviendo fielmente	29
a. buscando cómo servir	29
b. nace en el espíritu	30
8. El Fuego del corazón	33
a. Jesús hacía prenderlo	33
b. hay que cultivarlo	34
9. La puerta angosta	37
a. ¿cómo hablamos de la libertad?	37
b. la lucha por nacer	38
10. Hemos comido con el Señor	41
a. la mesa sagrada	41
b. a vivir plenamente	42
11. Quien ama más	45
a. así comienza	45
b. Él enseña a amar	46

